

Mahón 3 Noviembre 1905

LA LUCHA POR VENCER AL PÁN DEL OBRERO

Pán y dignidad

La sociedad presente no sólo niega al proletario el alimento suficiente y cuanto constituye el bienestar material, sino que le niega también la dignidad, el respeto, la consideración que debieran tenerse todos los hombres, como esencialmente iguales que son ante la naturaleza.

El pán del trabajador en la sociedad actual no constituye un derecho, no está garantido en ninguna forma, depende de circunstancias individuales del trabajador mismo, como la salud, la edad, la habilidad en el trabajo, etc., y de circunstancias exteriores, como las crisis de la industria, la sequía, la prosperidad ó decadencia de la comarca en que vive, etc. Cuando se reúnen estas circunstancias en sentido favorable, el obrero gana lo bastante para comer; cuando alguna de ellas falta, cae sobre él la miseria y ha de emigrar, ó ha de morir de hambre, ó ha de pedir limosna.

La gravedad de este problema no se oculta á los mismos trabajadores, ni á los burgueses que tienen algún entendimiento, porque todos comprenden que no se puede vivir sin comer. Pero, en cambio, olvidan muchos que tampoco se puede vivir sin dignidad.

Burgueses que reconocen, teóricamente, á los trabajadores el derecho de reclamar mejoras en el jornal, se muestran indignados cuando oyen decir que sus operarios son sus iguales.

Generalmente, no se cree que sea un bien el que los trabajadores vivan mal alimentados, mal vestidos y mal albergados.—Hay, sin embargo, quienes lo creen.—Pero entre los burgueses son muy pocos los que consideran que el comer, el vestir y el albergarse con cierto desahogo sea un derecho que los obreros puedan exigir á la sociedad; piensan, por el contrario, que es una gracia que deben solicitar humildemente y agradecer cuando les sea concedida. (En la práctica, muy pocas veces, por desgracia.)

Los mismos que se llaman cristianos y que lo son á su modo (no hablemos de los que son falsos cristianos á sabiendas, que constituyen la mayoría), apenas reconocen al pobre otro derecho que la degradante mendicidad. Entre esos cristianos, los que mejor creen cumplir, los que pertenecen á esas asociaciones llamadas caritativas, saben, cuando más, llevar á la casa de algún pobre un pequeño pedazo de pán, pero no saben llevarle un poco de respeto. Entran como superiores que se humillan hasta el inferior por un momento, como un sacrificio realizado ante su dios, como un mérito contraído para el otro mundo.

La limosna es la consagración del orgullo del que la ofrece y de la bajeza del que

la recibe. Es la renuncia de todo derecho por parte del que la acepta. Es el sacrificio de la dignidad del pobre.

Pero el tener dignidad no es una cosa vana, un lujo de que los trabajadores pueden prescindir. Al contrario, la dignidad es tan necesaria como el pán, porque sin dignidad se puede conseguir el pán de un día, pero no se puede asegurar y garantizar el pán para siempre.

Si los trabajadores abdican su dignidad, si renuncian á su derecho, aceptando como una gracia lo que les pertenece en justicia, entonces reconocen voluntariamente la propia inferioridad y contribuyen con su asentimiento á la perpetuación del actual estado de cosas.

Y el actual estado de cosas, como antes hemos dicho, es que el pobre coma cuando está sano y robusto y encuentra quien quiera darle un jornal suficiente á cambio de su trabajo; y el hambre y la miseria cuando le faltan las fuerzas ó cuando no halla quien quiera emplearlas.

No luchar por la dignidad es renunciar á la esperanza de todo mejoramiento, puesto que el mejoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores sólo será posible asegurarlo cuando ya los unos no se crean superiores, ni los otros se resignen á que les tengan por inferiores, en la sociedad que constituirán los hombres iguales y libres.

Injusto enemigo es de los trabajadores el que les niega el derecho al pán; pero no es menos injusto ni menos enemigo el que los desprecia negándoles el derecho á la dignidad.

JUAN CUALQUIERA

De mala ralea

Como bonita era de lo más bonito que paseaba por Madrid.

Había que verla camino del taller, cuando con el mantón de lana sobre los hombros, el pañuelo de seda á la cabeza, airoso el andar y erguido el cuerpo, recorría las calles, acariciada por el vientecillo de la mañana y el piropeo del transeunte.

Era su pelo rubia mata de trigo, requejada por el sol de agosto; sus ojos, azules; corta y respingoncilla la nariz; rojos sus labios; blancos y menudos sus dientes; redonda la barba y estatuario el cuello, que se destacaba como columna de alabastro sobre el pañuelo rojo que le servía de pedestal.

¡Si era bonita!...

Bastaba preguntarlo á cualquiera: á los horteras, que saltaban por encima del mostrador para seguirla con los ojos desde la puerta de su tienda; á los obreros, que se quedaban con la boca abierta mirándola pasar, y sonreían como pensando: ¡qué cosas más buenas sabemos construir nosotros!; á los señoritos, transformados en perros de muestra al atisbo de aquella hermosa pieza humana: á los vecinos de Luísa (así se llamaba) puestos en facha para verla subir los escalones de su vivienda; á los pájaros...

que también los pájaros metían sus cabezas de granuja por el ventanuco de la buhardilla donde Luísa habitaba, para dedicarle el truhanesco requebrar de sus trinos.

Luísa había nacido hermosa de entre la infamia y la miseria, como nacen hermosas las flores de entre el estiércol.

Su madre fué una perdida, una madre mala, que la abandonó para irse con cualquiera cuando la niña no tenía diez años.

Su padre era un borracho, un holgazán, que tras matarla de hambre mientras tuvo que mantenerla, se dedicó á vivir á costa de la muchacha cuando la muchacha empezó á ganarlo.

Así vivió él, hasta que un día reventó en medio del arroyo, asesinado por el aguardiente.

Luísa contaba entonces diecisiete años, y aun no había transcurrido medio cuando la mala suerte, empeñada en seguirla, puso delante de sus ojos á un mozo con más audacia que corazón, más apetitos que conciencia y mejor figura que sentimientos.

Hijo de unos labradores ricos, estudiaba Anselmo en Madrid «el quinto curso de primero de Derecho romano», y si no conocía bien el camino que á la Universidad conduce sabía maravillosamente todos cuantos llevan á la diversión y al jolgorio.

Habitaba, en clase de huesped, el piso principal de la casa donde vivía Luísa, y un encuentro hoy, otro mañana; esta galantería dicha de paso, otra pronunciada más cerca de la joven, trajeron como resultado para ésta, primero, una gran simpatía hacia el estudiante; luego, una pasión incondicional, profunda, y al fin, la entrega absoluta de su alma y de su cuerpo: esa entrega primera de los seres que no han encontrado cariño en nadie, y que, en medio de su aislamiento y su desamparo, contemplan unos brazos que se tienden hacia ellos.

¿Qué remedio sino caer en esos brazos? Luísa cayó... Y no pudo quejarse. El estudiante la hizo feliz durante cinco meses.

Feliz como no había pensado serlo nunca; feliz al salir por la mañana hacia el taller, luego de contemplar á Anselmo dormido y enviarle su alma en un beso; feliz cuando del trabajo volvía y preparaba la mesa y comía con Anselmo manjares enriquecidos con frases de amor y sazonados con caricias; feliz por la noche, cuando sentados junto á la lámpara, referíale ella su anterior existencia, el abandono de la madre criminal, las infamias del padre borracho; recuerdos tristes que traían lágrimas á sus ojos, lágrimas que él secaba con sus manos trémulas de pasión; feliz siempre, y más feliz que nunca el día en que, ruborosa, palpitante, con voz que la dicha hacía celestial y la vergüenza queda, le habló de su hija, del pedazo de los dos que había sentido latir en sus entrañas y que iba á unirlos para siempre...

«¡Un hijo!... ¡demonio!—pensó Anselmo.—¡Qué acontecimiento tan inoportuno!...»

Aquello era más que una contrariedad; podía ser su obstáculo para su porvenir.

¡El, vástago de gente adinerada, con novia en el pueblo y novia rica; con esperanza de ser, andando el tiempo, diputado, ministro ó gobernador por lo poco, comprometerse con la hija de una perdida y de un aguardentoso!... ¡No faltaba otra cosa!

Era preciso cortar por lo sano, y á escape, como él sabía, como sabría hacerlo...

Y lo hizo, desapareciendo una noche para no volver más.

¿Qué le importaba á él de Luísa, de aquel fruto de la miseria y de la infamia, de aquella encastada por el libertinaje y el alcohol?

En cuanto al chiquillo... ¡Bah!... Quizá no naciese. Y si nacía!... Estaba resuelto á no saberlo á punto fijo...

La desesperación de Luísa al saber su abandono, fué espantosa, horrible...

Hubo un instante en que sintió el vértigo suicida, y subió al estrecho ventanuco é inclinó el cuerpo hacia la calle dispuesta á rompérselo contra las piedras del pavimento.

Pero no. ¿Y su hijo?

Era preciso trabajar para él, vivir para él.

Para él vivió y trabajó sin descanso hasta que el niño vino al mundo.

Y volvió á ser feliz con aquel pedazo de sus entrañas, y reconcentró en él la vida, el porvenir entero.

¿Qué significaba un padre, el infame que había jurado por ella? Nada.

Lo grande, lo sublime, lo permanente, el amor verdad era la hermosa criatura que reía en sus brazos.

Dos años transcurrieron. El niño comenzaba á andar, haciendo estremecerse á la madre de temor y alegría con el bamboleo de su cuerpo y con la torpeza de sus pasos...

Un día el niño cayó enfermo. Luisito tenía calentura; ya no sonreía, ya no abría sus ojos azules, ya no agitaba con infantil ansia sus bracitos redondos. Tendido en el lecho, encendido el rostro, fatigosa la respiración, inmóvil el calenturiento cuerpecillo, parecía una flor marchita, bella aún, pero empalidecida por las proximidades de la muerte.

Vino el médico, vió al enfermo, recetó una medicina; volvió al día siguiente, al otro... Y la enfermedad, prolongándose, y la madre sin poder acudir al trabajo, y el niño necesitado de cuidados, y los cuidados costando dineros, y el dinero saliendo del pobre ajuar de Luísa; de sus ropas, que fueron, prenda á prenda, á convertirse en monedas de plata; de la cómoda, del sofá, de la ropa de cama, de la máquina de coser ¡que también tuvo que empeñar, la máquina, su único instrumento de guerra para defenderse en la batalla de la vida!...

Después nada; ya no quedó más que la enfermedad terca; la miseria invencible y la madre llorando sin consuelo...

—Es preciso darle esa medicina, dijo el doctor, entregando á Luísa una receta. De ella depende la salvación del niño; jugamos la última carta.

—¿Y cuánto valdrá?... murmuró Luísa recogiendo el papel con temblorosa mano.

—Unos tres duros, respondió el médico desde el quicio de la puerta.

¡Tres duros! ¿De dónde sacarlos?... ¡Ya no tenía nada que empeñar! ¡Nada!... ¡Nada!

Luísa miró á su hijo, cogió un frasquito de cristal, lo metió en el bolsillo, juntamente con la receta, y salió á la calle:

¿Dónde iba?... ¿Sabíalo ella acaso? Por los tres duros primero, por la medicina después. ¡Por la medicina! Es decir, ¡por la vida de su hijo!

—Vamos, muchacha, convéncete, decía á Luísa un señor bien trajeado, de figura respetable; pidiendo limosna no los tendrás. Hazme caso, convéncete...

—Sí, vamos, vamos pronto, respondió la desdichada obrera.

Y se perdió con el hombre en el fondo de un portalillo estrecho, alumbrado por un quinqué que relucía entre una alambra abollada y sucia...

Luísa salió á poco y echó á andar precipitadamente, sin mirar el horrible casuco que dejaba á su espalda ni á la gente que iba por la calle.

Alguien la vió salir y miró la casa de donde la joven salía.

—¡Digo! exclamó el curioso. ¡De dónde sale! ¿Eh? ¡Y quería que yo hubiese aceptado el compromiso!... ¡Ni que fuera tonto!... ¡La hija de una perdida y de un borracho! ¿Dónde iba á concluir eso?... En el sitio de que ha salido. Estaba más claro que la luz.

Y añadió después de una pausa:

—¡La mala ralea no podía fallar!...

Aquel hombre era Anselmo.

JOAQUÍN DICENTA

La libertad moral

—¿Te dices moralmente libre?

—Y lo soy.

—¿Amas el bien?

—Lo amo.

—¿Lo realizas siempre?

—¡Qué más quisiera!

—Y el mal ¿lo odias de corazón?

—Lo odio.

—¿No lo obras nunca?

—Si nunca lo obrase, más sosegada tendría la conciencia.

—Haces lo que no quieres, dejas de hacer lo que quieres y ¿te consideras libre?

—Que no obre yo el bien ni evite el mal no significa que no pueda.

—¿Cómo tu poder y tu querer no andan acordes?

—La voluntad es floja, y no en todos sus actos se ajusta al bien que la solicita.

—¿Por qué?

—Porque lo estimulan en sentido contrario la pasión y el vicio: ya el propio interés, ya la ambición, ya el orgullo, ya la envidia, ya torpes apetitos.

—¿Es esa para tí la sola causa?

—No acierto á ver otra.

—¿Estás siempre seguro de distinguir el bien del mal? ¿No te los confunden nunca las ideas y los sentimientos de los demás, las creencias que de los labios de tu madre recogiste, las contradicciones de tu propio entendimiento?

Por falsas ideas de honor va el hombre al duelo y al suicidio, mata la mujer en su seno al hijo del estupro y arma la nación su brazo contra el extranjero. Por falsas ideas de gloria, recorre el conquistador la tierra, llevando en la grupa á la muerte. Por la falsa economía que entre nosotros reina, encarecemos á porfía los servicios que prestamos, y vendemos á precios fabulosos los dones que graciosamente recibimos de la naturaleza. Merced á la general costumbre, buscamos ya sin repugnancia el lucro en estériles agios, en la pobreza de nuestros semejantes y en los mismos azotes que de vez en cuando nos afligen. Tú, noble, miras aún con desdén al de baja cuna y apenas te atreves á pisar los umbrales de la casa del pobre. Ni miras tampoco con el mismo amor al judío que al cristiano, al hombre salvaje que al hombre culto, al negro de Africa que al blanco de Europa.

Te acercas de día en día á la libertad, porque de día en día vas venciendo tus preocupaciones sociales; tardarás en conseguirla.

—¿Cómo! ¿cambia también á tu juicio la ley moral? ¿No es la misma en todos los tiempos y en todos los pueblos?

—Nada hay en nosotros que no esté sujeto á mudanza. Nuestra ley moral no pudo ser la de los pueblos antropófagos, ni la de los que rociaron con sangre las aras de sus dioses, ni la de los que admitieron la esclavitud por base de vida y de riqueza ni la de los que concedieron al padre sobre el hijo el derecho de vida y muerte. Tu conciencia ¿cómo ha de ser nunca igual á la del bárbaro asesino que mata por matar y se complace en el espanto y el estertor de sus víctimas; ni á la del infame que goza destruyendo la paz de las familias y siembra por donde quiera que pasa la discordia, ni á la del padre ó la madre que prostituyen el cuerpo de sus hijas?

En el hombre y en la humanidad la conciencia se va formando y desenvolviendo como las demás facultades del espíritu. Cambia, ó por lo menos se modifica la ley moral con las diversas fases de ese desarrollo.

—¿Quién es entonces responsable de sus actos?

—Calla, calla. No suscites hoy por hoy tan obscuro problema. El mundo moral se abisma ante mis ojos.

F. PÍ Y MARGALL

¡Bomba va!

Con este mismo título publicó *La Publicidad* en su edición de la mañana del martes (día 24) una declaración suscrita por *Leonardo Hortala*, vecino de la Carretera de la Cruz Cubierta, n.º 86, primer piso, segunda puerta, concebida en los siguientes términos, en su parte más substancial;

«El día 17 de Febrero de 1904 me encontraba en la casa de la calle Consejo de Ciento, 91, 1.º, 3.ª, velando al encargado de la fábrica donde trabajaba, Rosendo Daura, cuando pasó la vecina del mismo piso, puerta primera y manifestó que se le había quemado un cesto de ropa llevándose á consecuencia de ello un gran susto; contando esto pasó su esposo y terciando en la conversación, manifestó que peor hubiera sido que se hubiera quemado un baul que allí había lleno de balas; entonces yo le dije: —Pues diga V. que eso hubiera parecido un simulacro. —No, que son balas gruesas y podrían derribar la casa, — contestó.

»Impresionados con esta declaración, no hablamos más; fueron desapareciendo las personas que con el enfermo se encontraban y nos quedamos solos el portero de la casa llamado Juan Santamaría y yo, entonces yo le pregunté á dicho portero que si el individuo que había referido lo del incendio era contratista de alguna cantera, contestándome que era confidente del jefe de la policía Sr. Tressols.

»Tanto me impresionaron estas declaraciones, que á raíz del atentado de la calle de Fernando, ante las infamias que con obreros se estaban cometiendo, me presenté espontáneamente ante el juez especial señor Fernández Argüelles y declaré todo lo arriba espresado; este señor tomó nota de todo, pero no me hizo firmar mi declaración (y por esto no consta en el sumario) y además me pidió que no dijera nada de esto á la prensa.

»Después de todo esto he sabido que el individuo tenedor de esas *balas gruesas ó explosivos*, es Jaime Garriga, confidente y ordenanza de *toda confianza* del señor Tressols.

»Todas estas manifestaciones pueden corroborarlas las siguientes personas que se encontraban allí aquella noche, mujer, hija y yerno de dicho confidente; los porteros que había en aquel entonces en la casa; un tal señor José del tercer piso de la casa y la inquilina del piso.

»La opinión verá si para algo sirven las manifestaciones que firma uno que desea verdad y justicia.»

La declaración no puede ser más clara ni categórica.

Un confidente del Sr. Tressols manifestó en 1904 que tenía en su casa balas gruesas, que en caso de explotar podían derribar la casa entera.

A pesar de lo cual, comunicada esta grave manifestación al juez especial Sr. Fernández Argüelles, este señor toma nota de la denuncia, se abstiene de hacerla constar en el sumario, y en cambio pide al declarante que no diga nada de esto á la prensa.

¿A qué tan extrañas y cautelosas preven- ciones? ¿Es tal vez que en cuestiones de ex- plosivos los confidentes del Sr. Tressols son sagrados é inviolables?

¿Es que el juez ignoraba los antecedentes del denunciado? ¿Es que no tenía medios de averiguar

Quién es Jaime Garriga?

Vamos á dar algunos datos más, que ser- virán cuando menos para que la justicia—si tiene ganas de hacerlo—pueda averiguar si el tal Garriga es como todo induce á creerlo un antiguo profesional de la dinamita.

Tenemos á la vista una carta de un ami- go tarrasense, persona formal y de toda con- fianza, que nos dice entre otras cosas lo si- guiente:

«El policía Garriga que se menciona en el artículo de *La Publicidad*, es aquel mis- mo á quien todo Tarrasa señaló como au- tor de la bomba que estalló hace algunos años en la casa de D. Alfonso Sala, hecho por el cual fueron presos algunos obreros inocentes y se urdieron tantas tramas para cargarles el muerto.

»Si le convienen datos, procuraré reco- gerlos de los que en aquella fecha fueron presos, acusados de dicho delito.»

El Juez instructor verá si necesita estos datos ó si cree más conveniente desdeñarlos, dejando que vaya aumentando la corriente pública que atribuye carácter policiaco á los últimos atentados.

El caso del ex-teniente de la guardia civil Morales, perfectamente probado, según se verá en el correspondiente juicio, y el caso del policía Garriga, confidente del Sr. Tressols, basado en la ya lejana ocurrencia de Tarrasa y en la más reciente de las revela- ciones hechas por el Sr. Hortola, son dos indicios preciosos y de gran valor en el pro- ceso que la conciencia pública está instru- yendo, con independencia absoluta de la acción de los Tribunales de Justicia, la que hasta ahora no se presenta bastante clara, ni bastante afortunada.

Y mientras el ex-teniente Morales se pa- sea tranquilamente á favor de la fianza que por él prestó todo un Sr. Presidente de la Audiencia; y mientras al policía Garriga, confidente del Sr. Tressols, nadie le inquie- ta ni le dice nada, en la Cárcel modelo... de sufrimientos, se están consumiendo de pena y pudriéndose en el aislamiento celular al- gunos obreros, respecto de los cuales se tie- den en cuenta las acusaciones hechas contra ellos por tercera persona, bajo la presión de las amenazas policiacas y no se quieren tener las exculpaciones hechas por la misma tercera persona espontáneamente.

Es decir, que si hasta el día del juicio no se descubren los atentados (y no porque no se pueda, sino porque no hay interés en des- cubrirlos) ¿habrán de estar presos aquellos infelices hasta el día del juicio?

(De *La Campana de Gracia*.)

Degeneración

Los jesuitas han hallado la frase de la «bancarrotada de la ciencia», y sus discípulos la repiten porque para ellos encierra una explicación plausible de su desvario reli- gioso, del cual no conocen las verdaderas razones orgánicas, que tampoco compren-

derían si las conociesen. «Vuelvo á la fe porque la ciencia no me satisface», es lo único que se puede decir. Parece el dicho plausible porque deja suponer la sed de verdad y la noble preocupación de las gran- des cuestiones. Por el contrario, difícilmen- te se contestaría esto: «Estoy rendido de pasión por la Santísima Trinidad y la San- ta Virgen, porque soy un degenerado cuyo cerebro es incapaz de atención y de pensa- miento claro.»

Que el argumento jesuítico haya podido encontrar crédito fuera de los círculos ecle- siásticos y de los jóvenes degenerados hasta el punto de que se oiga decir por los espíri- tus medio cultivados: «La ciencia está ven- cida, á la religión pertenece el porvenir», se explica por las particularidades intelectuales de la multitud. Esta no se remonta jamás á los hechos, sino que repite las fra- ses hechas que se han dicho ante ella.

Si tomara cuenta de los hechos, sabría que el número de Universidades, de profes- ores, de alumnos, de revistas y libros, de abonados y lectores, de laboratorios y socie- dades científicas aumenta de día en día. Pero la multitud no se ocupa de estadísti- cas. Se deja tranquilamente sugerir la idea por algunos periódicos escritos por los miem- bros de círculos y lupanares dorados, en los cuales han hallado acceso los discípulos de las escuelas de sacerdotes, de que la ciencia retrocede ante la religión.

En cierto momento la ciencia estuvo de moda. Los periódicos escribían diariamente: «Vivimos en una época científica»; las noti- cias del día registraban los viajes de los sa- bios; los folletines hacían alusiones á Dar- win; los inventores de bastones elegantes y de perfumes denominaban sus productos «perfumes de evolución» ó «varitas de selec- ción», y las gentes de falsa pretensión de cultura tomaban en serio aquello de la van- guardia del progreso y de la emancipación intelectual.

Hoy, los círculos sociales que dan la moda y los papeles que buscan notoriedad, decre- tan que no es la ciencia, sino la fe, lo más «chic»; á su vez los periódicos populares cuentan historietas picantes sobre los predi- cadores, en las novelas se habla de la *imita- ción de Cristo*; los inventores se presentan con ricos reclinatorios y artísticas capillitas, y el filisteo siente con emoción profunda la flor maravillosa de la fe germinar y abrirse en su corazón. De sus verdaderos adeptos, la ciencia no ha perdido uno solo. Pero es natural que la plebe de los salones, para la cual era un objeto de moda, le haya vuelto la espalda á la simple palabra de orden de un sastre ó de una modista.

MAX NORDAU

RUSIA

No ha bastado el hacer la paz con los ja- poneses para sofocar el espíritu de rebelión que reina en todas las provincias del impe- rio ruso.

Al contrario; desde que se ha hecho la paz la rebelión ha recrudecido. A estas ho- ras la revolución es general en toda la Ru- sia.

El pueblo ruso ha comprendido que su enemigo no es el pueblo japonés, ni el in- glés, ni el alemán; ha comprendido que su verdadero enemigo es el gobierno absoluto, el Czar en cuyo nombre se asesina en las calles y se produce el hambre en las campi- ñas, el Czar en cuyo nombre se priva al pueblo de libertad y de pan.

Todos los rigores de un gobierno feroz y de una policía brutal, no han impedido los avances de la revolución. Ya lo hemos dicho otras veces: esta es la quiebra más evidente de los sistemas represivos de gobierno.

A Luís XVI de Francia le achacaron de- bilidades que los reaccionarios dicen que fueron causa de los atrevimientos revolucio- narios. Pues bien, el gobierno del Czar no ha tenido debilidades; ha llevado su feroci- dad á los últimos extremos; ha derramado á torrentes la sangre de los hombres libres; y sin embargo, la revolución ha estallado con una pujanza admirable; la sangre de cada revolucionario muerto á manos de los verdugos gubernamentales ha sido semilla de nuevas y más enérgicas rebeldías.

La obra revolucionaria está muy adelan- tada; los periódicos de toda Europa afirman que el Czar ha perdido su corona, que no tiene más remedio que la abdicación, y di- cen que tiene su yate preparado para huir al extranjero con su familia, á fin de no per- der al par de la corona la cabeza.

Las clases conservadoras, el comercio, la nobleza, el ejército mismo, intervienen para *encauzar* la acción revolucionaria, con obje- to de que la revolución no vaya más allá de la instauración de un gobierno liberal par- lamentario á semejanza de las otras nacio- nes europeas; pero el pueblo quiere ir más allá, quiere hacer la revolución social, ade- lantándose á resolver los problemas que es- tán planteados en todo el mundo.

Es de desear que el pueblo venza, que venza primero á los asesinos que defienden aun el gobierno absoluto, y luego que se imponga á los falsos revolucionarios que pretenden anular el esfuerzo popular que- dándose á mitad del camino.

El pueblo no debe hacer más revolucio- nes para cambiar constituciones políticas; lo que debe cambiar es la organización eco- nómica, abolir el régimen de la propiedad privada, asegurar el bienestar para todos. Este es el único objeto digno de una gran revolución.

Ojalá que así lo comprendan los revolu- cionarios rusos, y ojalá tengan alientos para llegar á feliz término.

Rápida

La taberna estaba llena. Sentados en los bancos y apoyados sus brazos sobre la ne- gruzca mesa se ven hombres que con sus callosas manos acarician cariñosamente el vaso de vino que han de beber.

Los que no han encontrado sitio para sentarse ó la discusión ha dado principio en la calle y merece pronta resolución, permanecen de pie y ante el mostrador, apurando también sus vasos con ansias de embria- guez. Todos beben y cantan; y sus palabrotas y juramentos se confunden y recorren *la tasca* buscando una salida para perderse en el aire de la calle...

A la puerta hay una mujer, que mira hacia el interior de la taberna como buscando á alguien. Sus vestidos sucios y raídos cu- briendo un cuerpo deformado y ruin mues- tran á la mujer que sufre.

Un hombre la llama de adentro y ella se resiste con una mirada y gesto de negación. Es su marido, que quiere invitarla esa no- che.

Es la noche del sábado, el día que cobran y se permiten un lujo. El vino les hace ol- vidar la miseria pasada durante la semana, y por unas horas disfrutan una felicidad ficticia.

Ella le ha ido á buscar al sitio de siem- pre, á la taberna del barrio, donde juega y se emborracha y acaba por salir de allí sin un céntimo. Y como siempre, quiere evi- tarlo, yendo en su busca y recordándole

aquel par de boquitas que se abren para pedir pan...

El la llama; acaso siente orgullo en presentar su mujer, esclava de sus vicios, escualida y triste, y que él la ve, con la ilusión del borracho, más guapa y alegre que nunca.

Ella accede al fin, y entra, colocándose al lado de su marido, que la mira y bebe sin cesar, como festejando aquella reunión depravada y triste.

Ella le mira también, pero con lástima, con piedad justa que reclama la vida de sus hijos. Intenta separarlo, arrancarlo de aquel grupo de amigotes que celebran con risotadas las ocurrencias del borracho y beben continuamente, mientras el borracho paga.

Un obrero consciente se acerca á él y con la prudencia del hombre compasivo le pregunta:

—¿Qué haces?

—Beber—contesta el furibundo borracho.

—¿Y qué bebes?

—Vino.

—No, no es vino. Bebes las lágrimas y sollozos de tu mujer y tus hijos...

AUGUSTO MENDIVE

DE BARCELONA

En otro lugar de este número reproducimos un artículo del semanario catalán *La Campana de Gracia*, en el que se inserta una carta publicada en *La Publicidad* y algunos párrafos de otra que ha recibido el primer periódico citado, conteniendo graves acusaciones contra la policía, principalmente contra un confidente de Tressols.

Otras declaraciones ha publicado también la prensa diaria, además de las que citamos y otras que hemos publicado anteriormente, de las cuales no sale muy bien librada la policía barcelonesa.

A pesar de esto tenemos la seguridad de que la justicia histórica no hará nada para averiguar lo que puede haber de verdad en todas estas manifestaciones. Otro caso bien probado hay que puede servir de antecedente para poder comprender de lo que son capaces algunos hombres para satisfacer sus egoísmos, Nos referimos al caso del ex-teniente Morales, que goza de libertad y encuentra facilidades para dar largas á su proceso, mientras otros hombres inocentes sufren los rigores de la prisión celular.

A raíz del atentado de la Rambla de las Flores, lo mismo que cuando el atentado de la calle de Fernando, los cocodrilos de las Cámaras de Comercio, los del Fomento del Trabajo Nacional y otras sociedades burguesas, pusieron el grito en el cielo, declarando impotente al gobierno para descubrir á los autores de los dos atentados y amenazando, si no los descubrían, con tomar á su cargo la tarea policiaca.

Ha pasado algún tiempo. Se han aportado muchos datos que demuestran que los anarquistas no fueron los autores, y otros que pueden servir para descubrir quienes fueron los que lanzaron ó hicieron lanzar las bombas y nuestros comerciantes é industriales se han callado; se han callado también las entidades de que ellos forman parte y han guardado sus energías y sus resuellos para otra ocasión.

Conste que no decimos esto para excitar á los Tribunales ni á los burgueses antes citados, sino para demostrar que todas aquellas protestas, todos aquellos gritos y lamentos no tenían otro objeto que provocar una

represión contra los anarquistas, represión que desean vivamente y que las bombas últimamente lanzadas podían justificar á los ojos de los incautos. Una vez demostrada la inocencia de los anarquistas y la imposibilidad de forjar un nuevo Montjuich haciendo «cerrar los ojos á la razón», se han callado como si no hubiese pasado nada. Ya se presentará otra ocasión para clamar contra nosotros y entonces dejarán oír otra vez sus resuellos.

Pero enfrente de la Justicia histórica y enfrente de las sociedades burguesas citadas, se ha formado otro tribunal que no fusila ni encierra en los presidios, pero escribe sus sentencias en las páginas de la historia, y este tribunal es la opinión pública, y á este tribunal debemos aportar todos los datos para que pueda juzgar.

Podrán nuestros jueces dejar en libertad al dinamitero Morales; podrán no hacer caso de las serias denuncias que publica la prensa; pero no podrán evitar que la gente imparcial juzgue sus actos y pronuncie veredicto, como lo pronunció cuando el crimen de Chicago, cuando el proceso de la Mano Negra, cuando los horrores de Montjuich.

Pero hay algunos hombres inocentes que están presos y en peligro de ser condenados por delitos que no han cometido. No creemos, volvemos á repetirlo, en la rectitud de los jueces, pero sí confiamos que haciendo esfuerzos se ha de provocar una corriente de opinión que haga imposible la condena de nuestros compañeros ó en caso contrario que provoque una protesta enérgica de todos los hombres honrados que los saque de los calabozos.

Para esto se trabaja y no se ha de descansar hasta lograrlo.

ECOS Y COMENTARIOS

El día 25 del pasado mes de Octubre tuvo lugar en Barcelona el entierro civil del compañero Casimiro-Joaquín Bulffi, hermano del incansable propagandista del neo-malthusianismo nuestro estimado compañero Luís Bulffi.

Al acto fueron invitados todos los elementos ácratas, ateos, librepensadores, republicanos antirreligiosos y personas progresivas, así como también los que fueron en vida sus compañeros de lucha y de trabajo.

De no haber hecho el tiempo tan lluvioso, la conducción del cadáver al cementerio libre hubiera resultado una verdadera manifestación antirreligiosa.

Sin embargo, haciendo caso omiso de la lluvia, del lodazal y charcos de las calles, fueron bastantes las personas que acompañaron el convoy fúnebre.

Esta semana tampoco hemos recibido el paquete de *Tierra y Libertad*.

Como el número anterior fué denunciado y recogido, como todas las semanas, suponemos que el de ésta habrá sufrido la misma suerte por no perder la costumbre.

¡Bien por el señor Fiscal!

La Federación local de sociedades obreras de Zaragoza ha publicado una hoja excitando á los obreros á ingresar en las sociedades de resistencia y á éstas á federarse, las que no lo hayan hecho ya. Para ello se han reformado los Estatutos, bajo bases amplísimas, con el fin de poder constituir una robusta Federación de sociedades, donde puedan desenvolverse éstas sin prejuicios ni tutelas de bandería, que tan funestas son

para el logro de las reivindicaciones proletarias.

Aplaudimos la labor de los obreros federados de Zaragoza.

En Palamós se han unido civilmente los compañeros Jaime Mestres y María Alagrera.

Los compañeros de Santa Cruz de Tenerife han organizado una rifa de libros á beneficio de la excursión de propaganda anarquista que tienen proyectado celebrar por aquella isla.

El precio del billete es de 10 céntimos.

El compañero Faustino González, de Bilbao, desea saber el paradero del compañero Miguel Pérez, para enterarle de asuntos que le interesan.

Dirección: Centro de Estudios Sociales.

PAPEL IMPRESO

El número 8 de *Buena Semilla*, correspondiente al 1.º del actual, contiene el siguiente sumario:

Errores pseudo-científicos, por A. López Rodrigo.—*En busca de felicidad*, por Casimiro.—*Esbozo de una moral sin obligación ni sanción*, por M. Guyau.—*Crónica Norteamericana*, por J. Vidal.—*Deber y Amor*, por Guillermo Fernández.—*Curiosidades*, por F. Domínguez Pérez.—*El Trust de los Bosques*, por Jaime Vidal.

Administración: Mariana de Pineda, 5, entresuelo, 2.ª—Gracia (Barcelona).

CORRESPONDENCIA

Tenerife.—«Luz y Vida». Recibida carta y números. Conformes.

Las Arenas.—G. A. Recibido 2 pesetas. Enviamos desde este número 15 ejemplares.

Coruña.—E. T. Aumentamos el paquete. Agradecemos tus buenos deseos.

Ubeda.—F. F. G. Enviamos 5 ejemplares desde este número.

Cullera.—Recibido 6 pesetas.

Barcelona.—«El Productor». Conforme con tu cuenta. Enviamos folletos.

Grao de Valencia.—J. M. Enviamos paquete desde este número. Recibidos sellos.

Palamós.—J. M. Enviamos paquete desde este número.

Cortegana.—J. P. S. Recibido 4 pesetas. Enviaremos recibo.

Vilasar de Dalt.—J. C. Recibimos 2 pesetas por conducto de «Tierra y Libertad».

Aznalcóllar.—J. S. R. Id. 2 id. por conducto de «El Productor».

Biblioteca de

«El Porvenir del Obrero»

1 *La Ganancia—Consideraciones generales según el criterio libertario*, por Anselmo Lorenzo; 15 céntimos.

2 *El Patrimonio Universal—Conferencia sociológica*, por Anselmo Lorenzo; 15 céntimos.

3 *La Anarquía*—por Eliseo Reclus; 15 céntimos.

4 *La Mujer—Consideraciones generales sobre su estado ante las prerrogativas del hombre*, por Teresa Claramunt; 15 cts.

El Porvenir del Obrero

CONDICIONES

Suscripción: Trimestre 1 pta.

Paquete de 25 jemps. 75 cént.

Número suelto 5 «»

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Castillo, 170. Mahón (Baleares).

Imprenta de «El Porvenir del Obrero»—Castillo 170, Mahón.